

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

A VIZUETE



LA MUJER PERFECTA

POR HARRISON FORD, PAULINE GARON,

N.º 52 DAVID POWELL, ETC.

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año II

N.º 52

La mujer perfecta

Adaptación cinematográfica de la novela de
DOROTHY DE JAGERS, interpretada bajo
el siguiente reparto:

<i>Celia Whipple</i>	<i>Pauline Garon</i>
<i>Rodolfo Van Alten</i>	<i>David Powell</i>
<i>El juez, señor Whipple</i>	<i>BURR MC INTOSH</i>
<i>Jimmy Monroe</i>	<i>Harrison Ford</i>
<i>Bill Brennon</i>	<i>COIT ALBERTSON</i>
<i>La señora La Rose</i>	<i>DE SACIAS MOERS</i>
<i>Toby</i>	<i>RUSSELL GRIFFIN</i>
	<i>etc.</i>

Exclusiva de
MUNDIAL-FILM. - (Rodrigo Soler)
Diputación, 278 BARCELONA

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
RICHARD TALMADGE

La mujer perfecta

Argumento de la película

Muchos de los que rayan ya en los sesenta, se empeñan en sostener que las jóvenes de hoy valen moralmente bastante menos que las de su tiempo. Uno de ellos era el juez señor Whipple, padre de una preciosa muchacha llamada Celia, a la que amaba entrañablemente, pero persuadido de que, para ser perfecta, había nacido dos generaciones demasiado tarde. Celia, la niña mimada, pensaba y obraba muy a la moderna, aunque fuera hija de un padre apagado a las ideas de medio siglo atrás.

El señor Whipple daba aquella noche una espléndida reunión en su morada. La fiesta transcurría agradablemente, animada por las dulzuras de la música que invitaba a bailar a la juventud. Celia, espíritu nervioso, en cuanto a sus aficiones, era mudable como el tiempo de Mayo. Demostraba entonces cierta inclinación por Rodolfo Van Alten, un elegante muchacho, prototipo del cazador de dotes.

Van Alten se había propuesto casarse con la bella Celia, porque era muy tentadora la gran fortuna del juez. Ponía a contribución sus ardidés de conquistador, y para asegurar su presa no hubiera reparado en medios.

En apasionado diálogo con Celia, Van Alten habíase separado del bullicio que reinaba en el salón y declarado a la bella y rubia muchacha el amor que le inspiraba. Entregándole una sortija le había dicho:

—¿Quiere usted aceptar este anillo, Celia... y considerarlo por lo que representa?

Celia, sonriente, cogió la sortija y pareció meditar un instante. Le era simpático Van Alten pero ¿quién aseguraba que mañana no le fuera simpático otro hombre? Colocándose la joya en uno de los dedos de la mano derecha, contestó:

—Un anillo realmente no significa nada, según en qué dedo se coloque...

—¿Lo acepta usted?

—No tengo inconveniente en colocarlo en la mano derecha para cambiarlo de sitio más adelante, cuando esté convencida de la bondad de usted.

—No comprende que la amo, Celia?

—Cuando esté bien segura de ello, lo pondré en el sitio que le corresponda para que sea un anillo de compromiso..

Iba a replicar Van Alten, cuando ella dió por terminada la entrevista, corriendo hacia el lugar donde se encontraban los invitados. Cogiendo unos dados, dijo a sus amigas:

—¡Vamos a jugarnos los galanes! ¡Va el mío contra el de ustedes!

Las muchachas formaban corro para intervenir en la partida, mientras ella, con su voz dulce, rogaba:

—Hagan juego, señoritas... ¡No va más!

La suerte parecía favorecerla. Tenía los mejores números y ganaba todos los galanes. Saltó de júbilo cuando logró vencer a sus amigas. Van Alten, junto a ella, sentíase complacido de ser casi el novio de esa joven alborotada.

Pero la música, con su languidez de tango,



La suerte parecía favorecerla. Tenía los mejores números...

dispersó el corro gentil y acercó a las parejas hacia el baile.

Celia salió al encuentro de su padre que en un saloncito frontero departía con su amigo, el coronel Crosby, íntimo suyo, pero cuyas

teorías eran diametralmente opuestas, y con el que nunca estaba de acuerdo en nada.

—¡Si vieras qué risa! —dijo Celia—. Hemos armado una partida de prohibidos... y les he ganado los galanes a todas.

Los dos viejos contemplaron a la traviesa y alocada Celia. Pero el juez, viendo en la mano de su hija la sortija regalada por Van Alten, preguntó qué significaba el regalito.

—Una galantería de Rodolfo; es un provisional... preliminar de un compromiso futuro... ¿Me explico?

El juez recriminó el proceder de la muchacha. ¿Es que no sentaría nunca la cabeza? ¡Un compromiso futuro y aceptaba sortijas! Si amaba a Van Alten, perfectamente, pero no era posible, tratándose de una chueca loca, incapaz de hacer nada formal. Celia no estaba dispuesta a escuchar sermones, y como la música lejana invitaba a la danza, dejó a los dos viejos para buscar a Rodolfo y bailar con él.

—¡Oh! Esas jóvenes modernas, son irresistibles —comentó el juez.

—Si no fueses tan viejo, ya comprenderías la psicología de la joven moderna, como la comprendo yo —repuso el coronel.

—No me vengas con tus teorías. ¡Esa Celia!... En fin, sólo le pido a Dios que la haga buena como lo fué su madre... ¡Ay! ¡Cuánto pienso en lo formal y sería que era su madre a su edad!

—No te preocunes por ello. No será menos buena que su madre...

Y los dos antiguos amigos continuaron su conversación, mientras las parejas, deslizándose por la sala, seguían el ritmo lúgido de los tangos de moda. Celia con Rodolfo, en aquel momento, se consideraba feliz.

Unos días después, por la mañana, en la Biblioteca Pública de Nueva York, Jimmy Monroe, joven periodista a quien el editor del "Sunday Magazine" había encargado una serie de artículos sobre "La Mujer Perfecta", se documentaba consultando a los clásicos y modernos más duchos en la materia, pero no perdía ocasión de observar personalmente los tipos que se ponían a su alcance.

Celia Whipple, que iba todas las mañanas a la Biblioteca, observó como el joven periodista la miraba con curiosidad y luego parecía tomar apuntes en una libreta. Sospechó que aquel muchacho de rostro severo la estaba tomando como modelo para una descripción literaria, y, súbitamente interesada, en un momento en que el periodista, dejando el libro de notas sobre la mesa, se levantó para ir a consultar unos volúmenes en la estantería, cogió el manuscrito y leyó con avidez:

Manifestaciones espontáneas que indican un espíritu femenino perfecto y que me sugiere la contemplación de esa mujer:

1.^o En caso necesario abre el cierre de su monedero con un pasador.

2.^o Agrega postdatas a las cartas.

3.^o Es asustadiza.

4.^o ...

Celia sonrió. ¡De modo que era éste el concepto que tenía formado de la mujer moderna!... ¡Y le había mirado a ella, como si efectivamente realizara aquellas insignificanias! Pues bien, iba a dar la razón al crítico. Se divertiría a costas de aquel espíritu investigador.

Dejó el libro en su sitio y cuando Jimmy volvió a sentarse, ella, dispuesta a comenzar la comedia, levantó con un pasador el cierre de su monedero, lo que asombró al periodista, viendo que aquella joven realizaba precisamente lo que él había escrito como una de las características de la mujer.

Celia sacó una carta del monedero y dirigiéndose a Jimmy le dijo:

—Tiene usted una estilográfica?... Deseo añadir una postdata a mi carta.

Jimmy le entregó una pluma. ¡Qué perspicacia la suya! ¡Oh! ¡Cómo había adivinado el modo de ser de aquella lectora de biblioteca! ¡Qué gran descubridor de almas femeninas!

Pero faltaba todavía el tercer golpe. Celia se levantó y comenzó a chillar, diciendo que había visto un ratón. Fué necesario que Jimmy Monroe la convenciese de que estaba equivocada, para que se calmase.

Jimmy no salía de su asombro. ¡También era asustadiza! ¡Qué penetración, qué inteligencia! Era necesario seguir estudiando aque-

lla mujer. Celia mostrábase íntimamente complacida ante la extrañeza del muchacho. Al salir de la Biblioteca, Jimmy la siguió. Celia subió a un tranvía y en un asiento cercano se colocó el periodista. ¡Aquella joven era digna de estudio! ¡Acaso para el trabajo que le habían encargado, no tendría mejor modelo que aquella desconocida!

Cuando Celia se apeó del tranvía, lo hizo Jimmy a su vez, y la muchacha, que se había dado cuenta de la persecución de que era objeto, se propuso jugarle una bromita. Se acercó a un policía y le dijo:

—Soy la hija del juez señor Whipple. Un hombre viene siguiéndome; haga el favor de detenerle y conducirle a presencia de mi padre.

Y mientras ella seguía su camino hacia su casa, el agente procedía a la detención de Jimmy que protestaba indignado por la arbitraría medida.

Entretanto, en su despacho, el juez señor Whipple recibía a una Comisión de mujeres, del "Club de las Esposas Morales", que iba a pedir la clausura del "Blue Boar Cabaret", un lugar terrible de perversión y corrupción de los maridos. El juez prometió personarse en el *cabaret* para investigar lo que allí sucedía y aplicar la ley con todo rigor.

Cuando salió la comisión de damas, Celia, a hurtadillas, penetró en el despacho. Su padre aparecía preocupado ante un montón de papeles. Celia, que al entrar se había pintado

los labios, colocó la barrita junto al cigarro puro que el juez había dejado sobre su mesa. El señor Whipple, distraído, llevó a la boca la barrita, y apretó, creyendo que fumaba un sabroso habano.

—Vaya, vaya—dijo la muchacha riendo—. Conque mi papá también se permite la coquetería de pintarse los labios? ¡Muy bien!

El juez, soltando la pintura, sonrió a pesar suyo. ¡Oh! esa Celia, siempre la misma, con su carácter alegre y bullicioso...

Ella le explicó lo que había sucedido.

—Un joven, por cierto bastante simpático, me ha venido siguiendo desde la Biblioteca. Ahora lo he mandado detener y, dentro de un instante, llegará aquí. Quiero bromear con él... Deseo que me ayudes.

El juez, sin otro amor que esa muchacha, negóse a secundar a su hija, pero las caricias, las zalamerías, le vencieron. Resignóse a tomar un papel en la comedia.

—Bueno. ¡Te has aprendido bien la lección!... Ya lo sabes, al pie de la letra, tal como yo te he indicado.

A los pocos momentos, Jimmy Monroe, que no se explicaba su detención, era introducido en el despacho. Celia se hallaba al lado del juez con la severidad de una acusadora.

—Esta señorita—dijo el señor Whipple— le acusa de haberla seguido; los reglamentos de policía prohíben molestar a las señoras con ese grosero proceder.

—Señor juez—contestó el periodista—, no

pertenezco a la serie de los maleducados, pero debo escribir una serie de artículos sobre la mujer perfecta y procuro documentarme haciendo observaciones personales.

—Sin embargo, es evidente que usted siguió a esta señorita.

—Sí, señor, pero con el único objeto que acabo de manifestar, no porque la encontrara atractiva.

Celia se mordió los labios y miró con gesto desafiador al periodista. Después de haber hablado reservadamente padre e hija, el señor Whipple explicó:

—A petición de la interesada, suspendo toda acción contra usted pero la hago a ella responsable de su futura conducta. En consecuencia, hasta ulterior aviso, se presentará usted a ella todas las semanas para darle cuenta de cómo ha empleado el tiempo.

Celia salió del despacho con aire triunfal y al poco tiempo lo hizo Jimmy, indignado por aquel castigo que consideraba injusto.

A la siguiente semana, en su primera visita a Celia, Jimmy esperaba ser despedido tan pronto presentase el informe de su conducta. ¡Antipática y extraña mujer! ¡Tener que darle cuenta de los actos de su vida!

Celia le recibió con cordial simpatía. ¡Le parecía interesante ese hombre!

—¡Qué fechorías ha cometido usted esta semana? —le preguntó con una sonrisa.

—Aquí tiene usted un informe completo del

empleo de mi tiempo —respondió Jimmy, que deseaba terminar cuanto antes.

Ella leyó. Era una relación vulgar, de una vida consagrada enteramente al trabajo. A Jimmy le preocupaba poco la mujer. Quería estudiarla, pero jamás sentir amor.

—¡Ah! Perfectamente. Es usted un buen chico. Pero siéntese usted —dijo la joven, queriendo despojarle de su abrigo.

Jimmy se resistió, pero vencido finalmente por la mirada insinuante de Celia, accedió a sentarse unos momentos. Estaba serio y furioso. Ella recordó la aventura.

—Seguramente no me hubiera usted seguido si no le hubiese llamado la atención lo bien cortado que llevó el pelo... o algún detalle de mi persona...

—¡Qué disparate! — contestó en tono desabrido el muchacho —. Fué meramente una observación por los artículos que he de escribir y cobrar.

—De modo que no me siguió usted porque le gustase contemplarme?

—¡No!! —repuso con fiereza.

—Es usted poco galante, Jimmy —dijo Celia con su característica tranquilidad —. Veremos si la próxima semana, cuando vuelva, ha mejorado su geniecillo.

Jimmy salió maldiciendo el momento en que el destino le puso junto a aquella mujer. ¡Y él que tenía que hacer observaciones sobre "La Mujer Perfecta"! ¡Ah! ¡Saldrían bañadas en hiel y antipatía! No era posible otra cosa. Se

sentía humillado, en el más espantoso de los ridículos.

En el "Blue Boar Cabaret" cenaban, aquella noche, cuando ya se había retirado la concurrencia, Bill Brennon, que figuraba como su propietario aunque no era más que un hombre de paja, la señora La Rose, directora del



—¡Ah! Perfectamente. Es usted un buen chico, pero siéntese usted.

cabaret, y un niño, llamado Toby.

Cuando ellos se hicieron cargo del hotel que ahora estaba convertido en *cabaret*, habían encontrado al pequeño Toby escondido en un rincón del almacén y lo habían adoptado haciendo creer que eran familia suya.

El dueño del establecimiento nocturno era Rodolfo Van Alten, el cazadores que perseguía a Celia Whipple, aunque ocultaba a todo el mundo su profesión. La señora La Rose, mujer de unos treinta años, y hermosa, estaba enamorada de Van Alten y soñaba en casarse con él.

A poco se presentó Rodolfo Van Alten y cenó con ellos. Toby, con una sonrisa de niño mimado, preguntó a Rodolfo:

—Señor Patrón, ¿cuándo me va a regalar el reloj que me prometió?...

—¡Cuidado que eres pesado con el reloj! ¡No me lo nombres más! Ya te lo regalaré más adelante...

Bill Brennon explicó a Van Alten que muchos sospechaban quién era el verdadero dueño del local.

—Hay que ir con mucho cuidado si no quiere que la gente se entere de que el propietario es usted y no yo.

—¡Bah! No tengo miedo. Pero veamos la recaudación de ayer.

El negocio iba bien. Aquel ambiente vicioso atraía una gran concurrencia. La señora La Rose asaetaba con sus miradas de fuego a Rodolfo. Pero a éste le preocupaban únicamente las ganancias que el *cabaret* le rendía.

Pasaron algunos días. Celia Whipple pensó con frecuencia en el periodista y sintió que su cariño hacia Rodolfo comenzada a disminuir. Aquella tarde debía ir a verla Jimmy para darle cuenta de su conducta. Estaba en

el salón con su padre y el coronel Crossby, cuando, levantándose, exclamó:

—Voy a arreglarme un poco la cara. Hoy tiene que venir mi *delincuente*.

—¡Tu delincuente?... ¡Tu víctima, pobre muchacho!

Celia, graciosa y alada, salió de la habitación, mientras comentaba el coronel Crossby:

—¡Qué despierta y vivaracha es! Cada día me recuerda más a Mary, la hermana menor de tu esposa.

Amargos recuerdos invadieron el espíritu del juez.

—Mary—dijo—. Ella fué la culpable del único secreto que conmigo ha tenido Prudence, mi mujer.

Y explicó a su amigo aquella triste historia que ensombrecía su vida. Cuando murió Prudence, le confesó que le había ocultado un secreto. Mary había cometido una falta en otro tiempo. De aquel amor nació un hijo que cuando Mary falleció fué confiado a un criado de hotel, Frank, el seductor, murió a su vez, y Prudence perdió la pista de la criatura. Desde entonces, ese sobrino del Juez debía vagar errante por el mundo.

—Amigo—repuso el coronel—siento haber removido tus amargos recuerdos. No pienses más en ello.

—Es que me ha atormentado siempre el que Prudence me hubiera ocultado ese secreto.

Después de un rato de charla, despidióse Crossby del Juez, diciendo que pasaría a bus-

carle por la comisaría.

—Eso es. Y me acompañarás. iremos al “Blue Boar Cabaret” a investigar lo que allí sucede—dijo el juez, tendiéndole la mano.

Unas horas más tarde, llegaba Rodolfo Van Alten que continuaba estrechando el cerco para conquistar el cariño de Celia. La muchacha apareció distraída, pensando en Jimmy Monroe que, a pesar de sus desdenes, le parecía un hombre encantador. No tardó mucho en llegar el periodista. Celia fué a su encuentro con la sonrisa en los labios. Presentó mutuamente los dos hombres. Jimmy, contra su voluntad, sintió que no le desagradaba la compañía de la muchacha.

—Tengo el gusto de presentarle a mi padre, Jimmy...—dijo, además, al periodista.

Monroe, al ver que el padre de Celia era el juez que le condenó, sintióse ofendido.

—¿Qué...? ¿No ha tropezado usted hoy con ninguna pista especial a la que haya tenido que seguir... para informarse?—preguntó sonriente Celia.

Van Alten, acostumbrado a las travesuras de la muchacha, no daba la menor importancia al periodista.

—Lo que estoy viendo es que aquí ha habido una combinación para divertirse un rato a mis costas—exclamó Jimmy rojo de ira.

El juez guardaba silencio. ¡Qué papelcito le hacía representar esta niña moderna!

—Pero no le divierte a usted un poco también?—dijo Celia ingenuamente.

—¡A mí?... ¡Aquí se termina la farsa! ¡Buenas noches!

—¡No se marche, no se marche usted! ¿No sabe usted que le aprecio? ¡Ande, quédese conmigo!

Jimmy sintió una ligera turbación, la intransquilidad de espíritu de los hombres que se ven adorados por una mujer. Y ocultando su enfado, respondió:

—Me quedaré un momento... nada más...

El Juez y Van Alten se habían separado de los dos jóvenes. Whipple comunicó a Rodolfo, al que ya consideraba como "un posible yerno":

—Ahora voy a ir con el Comisario de Policía a echar un vistazo al "Blue Boar Cabaret", del que me han dado malos informes.

Van Alten palideció.

—Perdone mi indiscreción, señor Juez, pero tal vez su presencia allí sea interpretada mal y dé lugar a comentarios... acaso pueda perjudicarle en su promoción a magistrado del Tribunal Supremo...

—¡Por Dios! Pero, aunque así fuera, ante todo está el deber...

—Con su permiso, voy a telefonear un momento...

Van Alten no se dejaba sorprender tan fácilmente. Separóse de Whipple y fué al teléfono a advertir a Bill Brennon que recibirían una visita de compromiso. Debían tomar las oportunas medidas.

Luego, ya tranquilo por lo que pudiera ocu-

rrir, volvió al salón, despidiéndose del Juez, que se marchaba. Quedó Celia con Van Alten y Jimmy. Rodolfo hubiera deseado salir a su vez con Celia, pero ella prefería permanecer en casa. Jimmy, seducido por las exquisitas amabilidades de la muchacha, comenzaba a mostrarse encantado.

—Podremos pasar una velada agradable— dijo Celia mirando a los dos jóvenes.

Y dejóse caer con gesto fatigado en un sofá. A su lado fué a sentarse Rodolfo, pero Jimmy, ni corto ni perezoso, tomóle la delantera, colocándose junto a la encantadora muchacha.

Van Alten le miró con aire provocativo. ¿Se enfadaba?... Pero comprendió que lo mejor era resignarse y se acomodó al lado de Jimmy Monroe.

Pasaron varias horas de agradable conversación. Cuando salió Jimmy, se confesó a sí mismo que aquella mujer era exquisita y simpática. Ya no la odiaba. Y le parecía que era "La Mujer Perfecta" que debía analizar...

* *

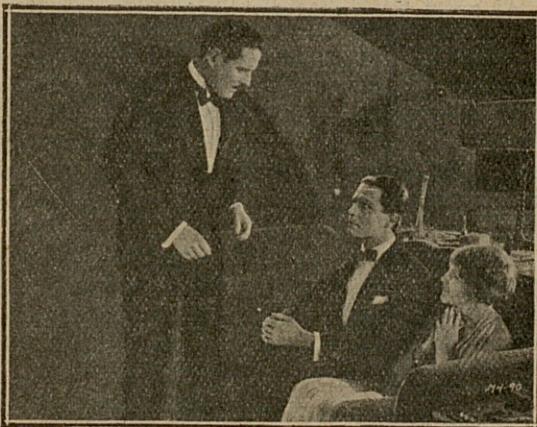
El "Blue Boar Cabaret" era lugar de diversión de los más despreocupados amigos de la francachela. Bill Brennon, apenas recibió el aviso de que alguien visitaría el establecimiento, tomó las oportunas medidas. Las danzarinas que en el salón mostraban sus atrevidas desnudeces, se vieron cubiertas por un velo que llevaban a prevención arrollado a la cintura.

Cuando llegó el juez con su amigo el coro-

nel y dos comisarios de policía, nadie hubiera podido tachar de inmoral el "Blue Boar". Bill se acercó con una falsa sonrisa.

—¿Qué desean tomar los señores?

—¿Qué tiene usted?—preguntó Whipple con un gesto equívoco. Le habían dicho que allí se expendían bebidas alcohólicas a los concurrentes.



Van Alten le miró con aire provocativo.

—Limonada, naranjada, jarabe...

—¿Nada más?...

—Nada en absoluto, señor—contestó Bill inocentemente.

¿Se habrían equivocado? ¿Dónde estaba la inmoralidad en el salón? Whipple se asombró al ver que el encargado del *cabaret* amo-

nestaba a una pareja porque no danzaba "bastante separada".

—Mé parece que éstos han recibido aviso de nuestra visita—comentó.

—¿No habló usted con nadie de nuestro propósito de venir aquí?—interrogó uno de los comisarios.

—Unicamente se lo dije a un amigo de mi casa, el señor Rodolfo Van Alten.

—¡Van Alten! ¡Si es el verdadero propietario de este local!

—¿Está usted seguro?—dijo asombrado el juez.

—Todo el mundo lo sabe...

—Pues entonces nos ha engañado, el miserable...

Descubiertos, abandonaron el *cabaret*. El señor Whipple estaba preocupadísimo. ¡A un hombre de esa calaña moral iba él a dar su hija! ¡Nunca!

Y cuando ellos salieron del "Blue Boar", volvieron las francachelas y las desnudeces atrevidas.

Al siguiente día, Van Alten tenía ocasión de comprobar que, en su visita, el juez había hecho un descubrimiento importante. Llamado por Whipple, éste le había afeado su proceder.

—En una palabra, usted no puede continuar siendo recibido en mi casa y dedicarse al mismo tiempo a ese negocio del *cabaret*.

—Bien. Déjeme usted tiempo para reflexionar. Supongo que, entretanto, podremos con-

tinuar siendo amigos.

Se despidió con el gesto del hombre al que no amilanaban las dificultades. El juez quedó disgustado. Nada había dicho aún a Celia, que en otro tiempo parecía estar enamorada de aquel hombre. Pero no toleraría nunca que Rodolfo fuera el marido de su hija.

Van Alten no parecía dispuesto a perder el amor y el dinero de Celia. Aquella misma tarde telefoneó a la muchacha:

—La invito a usted a comer. ¿Me hace el honor de aceptar?

—Imposible. Esta noche tiene que venir el señor Monroe...

—Hubiéramos ido al "Blue Boar"...

—Sí, pero ya ve usted...

—¿Y por qué no vamos los tres?... Si quiere, telefonearé al señor Monroe que le aguardamos allí.

—Muy bien, siendo así, queda aceptado.

Sentía Celia que, poco a poco, su alma se llenaba de amor por el joven periodista, mientras disminuía su afecto por Rodolfo. Coqueteaba con los dos y, espíritu moderno y libre, no vacilaba en ir con ellos a un *cabaret*.

Vistióse elegantemente y dijo a la camarera:

—Dígale a papá que he ido a comer con los señores Monroe y Van Alten.

Pero allá, en el "Blue Boar", la señora La Rose hacía un descubrimiento importante. Sabía que los terrenos por donde Toby co-

metía sus diabluras, eran los del cuarto almacén, en el que el niño había estado alojado cuando el *cabaret* era un hotel.

Encontró allí al chiquillo que revolvía varios papeles... La señora La Rose, llevada por la curiosidad, encontró un retrato de Prudence Whipple y una carta, cuyo contenido decía:

Querido Frank: Ruégole que acepte la adjunta cantidad por sus desvelos y cuidados por el niño. Como que con Whipple no tengo más que una hija, me siento irresistiblemente atraída por ese diablillo de Toby, a quien he de tener alejado de mí, pues nunca me atreveré a revelar a mi marido lo que sucedió durante su estancia en Europa. Escríbame con frecuencia a Lista de Correos, pues no puedo vivir sin recibir noticias de esa criatura a quien amo con delirio. Prudence.

La señora La Rose, que conocía a Whipple, se dijo que aquel documento tenía un valor inapreciable. ¿De modo que la esposa del juez, en otro tiempo, había tenido aquel amor de tan hondas consecuencias? Y Toby, el Toby que ellos recogieron en el hotel, era el hijo de la señora Whipple. ¡Admirable! Y salió del almacén a buscar a Van Alten y comunicarle el descubrimiento.

Pero Rodolfo, que había ido a recoger a Celia, se encontraba ahora en un comedor reservado, repitiendo la cantinela de su amor a la hija de Whipple.

—Celia, ¿qué he de hacer para que usted

me ame?

—Esperar, amigo mío, esperar...

Bromeaba maliciosa y juguetona, pero sintiéndose alejada de Rodolfo. Había transcurrido un rato, cuando preguntó a Van Alten:

—¿Qué le habrá sucedido al señor Monroe?

—Olvidé decírselo a usted; me avisó que llegaría tarde—dijo Rodolfo, a quien comenzaba a molestar esa predilección que Celia sentía por el periodista.

Un criado avisó a Rodolfo que la señora La Rose le llamaba.

—Al momento estoy de vuelta, Celia—explicó Rodolfo, levantándose.

Y dejando a la muchacha en el comedor, llegó a las habitaciones particulares de la señora La Rose, quien le recibió fríamente.

—Te he visto con una mujer. ¿Es que nada represento para ti?

—Es la hija del juez señor Whipple, con quien me conviene estar bien. El mejor día puedo necesitar de su influencia.

—¿Whipple? Pues este hombre está en mi poder... He descubierto una mina. Lee...

Y le mostró la carta y el retrato de la esposa del juez. El rostro de Van Alten se iluminó con una sonrisa de triunfo. Guardóse los documentos comprometedores, mientras la mujer exclamaba:

—Con esto, vamos a sacarle a Whipple hasta el último céntimo.

—Lo que voy a conseguir con esto, es ca-

sarme con Celia y, por añadidura, la protección de su padre para este *cabaret*—respondió con cinismo.

—Eso sería una infamia que cometerías con ella... y conmigo. Porque ya sabes que te amo...

—¡Vaya si lo haré! Y en seguida.

—No tienes derecho a abandonarme—grimió la mujer—. En otro tiempo me juraste amor... acuérdate, no me dejes...

Pero Rodolfo, rechazando a la importuna que venía a recordarle uno de sus inútiles caprichos, salió de la habitación, dejando a La Rose presa de un ataque de celos.

La Rose no era mujer capaz de perder el cariño del hombre que amaba. Desesperada, cegada por el odio, maldiciendo haber puesto en poder de Rodolfo las armas que la herían a ella, llamó a la comisaría de policía, denunciando que en el “Blue Boar Cabaret” se estaba jugando a los prohibidos y faltando a los reglamentos. ¡Prefería ver a Rodolfo preso que casado con la hija de Whipple!

Van Alten había vuelto al saloncito donde se hallaba Celia. Al entrar corrió la cortina, lo que sorprendió a la joven.

—¿Por qué ha corrido usted las cortinas?

—Porque hemos de hablar de un asunto muy importante.

Y sin ambajes ni rodeos, de una manera brutal, mostró a Celia los documentos comprometedores.

La muchacha tornóse lívida y pareció esta-

llar su corazón.

—¡Oh, esto es una infamia, una falsedad!

—No, no, es la verdad pura y escueta. ¿No ve usted el retrato y la letra de su madre?

¡Su madre! ¡La dulce imagen de su madre allí, en aquel lugar! Creyó que iba a morir...

Entró en el comedorecito el niño Toby, que rondaba a menudo por el *cabaret*.

—¡Ah! —dijo Rodolfo, sonriente—. ¡He ahí la prueba viviente! Cuando arrendamos este local, encontramos a este niño que había sido confiado a un criado de hotel. Es el hijo de esa señora que firma la carta.

Confusos pensamientos atormentaron el alma de Celia. ¿Pero era posible que su madre hubiera tenido en su vida aquel desliz?... ¿Aquel niño que tenía delante, era su hermano?

A una indicación de Van Alten, el niño, que había mirado con ojos dulces a Celia, se marchó.

—Su padre podría reconocer la escritura, aunque de paso viera destruído el buen concepto que tiene formado de su madre de usted.

—¡Oh! Usted es un caballero, Rodolfo... Usted callará...

—Guardaré el secreto... aunque desde luego pudiéndome considerar como su marido.

Celia retrocedió asustada. Veía el fondo moral de aquel malvado y sintió una indecible repugnancia. ¡De qué medios se valía aquel hombre para arrancarle el sí!

—No quiero casarme con usted.

—Pues bien, si usted no se compromete a casarse mañana mismo, telefonearé a su padre, poniéndole en conocimiento de esto.

—¡Por favor! —gimió ella—. Sería matarle...

—Entonces... ya sabe usted lo que debe hacer...

¡Pobre Celia! ¡Cabecita alborotada y loca pero que en el momento supremo no vacilaba en ir al sacrificio! Y para que su padre no se enterara de su deshonra, con la muerte en el alma accedió.

—Estoy dispuesta a todo con tal de evitarle a mi padre este golpe mortal...

Salieron los dos a telefonear al juez Whipple.

—Papá, tengo que comunicarte que acabo de contraer compromiso de matrimonio...

—¿Y quién es el afortunado, Celia? —contestó.

—Van Alten —suspiró ella—. Mañana por la mañana nos casaremos.

—¡Nunca! —protestó la voz energética del juez—. Te lo prohíbo... Celia... Ven en seguida... Tengo que hablarte...

Ella colgó el aparato, desesperada. Regresaron al comedor. Rodolfo tenía en los ojos el brillo de la maldad satisfecha. Celia sufrió. ¡Si su padre no aceptaba aquella boda, caería la más espantosa de las realidades sobre él!

Acababan de sentarse cuando llegó Mon-

roe, impecable en su vestido de etiqueta, trémulo de ilusión porque estaba enamorado de Celia. A la vista de aquel hombre, Celia sintió de nuevo el verdadero amor. Pero debía sacrificarse por su padre y le recibió fríamente:

—Jimmy, ¿usted aquí? Ha habido un mal entendido, es con el señor Van Alten, mi prometido, con quien debía yo cenar...

El periodista palideció. ¿Es que se habían burlado de él? Quiso pedir una explicación al aviso telefónico de Rodolfo, pero éste sonreía, cínico, cruel...

—No sé explicarme esa desatención, para no calificarla de burla...

—No me juzgue mal, Monroe...

—Ha destrozado usted mi corazón—contestó Jimmy con ademán trágico, alejándose de allí, perdidas sus esperanzas.

Un momento después, entraba en el *cabaret* la policía, advertida por el aviso telefónico. ¡Se les aguaba la fiesta a todas aquellas gentes deseosas de placer! Las mujeres huían ocultándose bajo las mesas, pero eran perseguidas por los guardias.

Van Alten, avisado de lo que ocurría, sin otro afán que su propia salvación, abandonó a Celia, huyendo por entre los cortinajes que ocultaban las puertas de los salones.

Celia quedó sola en el reservado. Volvió el niño Toby, que, al ver que ella lloraba, exclamó:

—No quiero que estés tan triste, porque me

haces llorar a mí.

—¡Pobre criatura! —dijo ella abrazando al que consideraba hermano—. De hoy en adelante, vas a tener quien te quiera mucho, mucho...

El chiquillo permaneció un momento con la joven y luego se marchó, un poco asombrado ante las lágrimas de Celia.



—Ha destrozado usted mi corazón—contestó Jimmy.

Y Celia, vencida por tantas emociones, cayó desvanecida, junto a la mesa.

Jimmy Monroe, al salir del *cabaret*, vió como la policía penetraba violentamente en el local y, temiendo por la libertad de Celia, corrió a comunicar al juez lo que ocurría.

—La policía está dando una batida en el "Blue Boar Cabaret" y tiene acordonado el local. Le aviso a usted de que Celia está allí.

El juez rugió de indignación. ¡Oh! ¡Su hija allí, en el *cabaret*! ¡Estaría con Van Alten, el infame! Y acompañado de su amigo el coronel, y de Jimmy, volvió hacia el *cabaret*. Cuando llegaban, Van Alten, que había logrado escapar de la persecución policiaca, se acercó a ellos y les dijo:

—La policía ha invadido mi *cabaret*. Necesito que usted, señor Whipple, haga valer su influencia en favor mío.

—Cree usted que voy a amparar sus delitos?

—Mañana su hija se casa conmigo y por lo tanto debe usted ser mi aliado.

—¡Canalla! ¡Dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho de ella? Yo no le ayudaré jamás.

—Quizás esto le haga a usted variar de opinión—respondió Van Alten mostrándole los documentos que comprometían el honor de la esposa del señor Whipple.

El juez leyó la carta, y como conocía la falta de Mary, vió que aquel escrito no probaba otra cosa sino que Prudence había amparado al niño de su hermana.

—¡Miserable!—le dijo con terrible sangre fría—. ¿Es con la amenaza de hacer uso de esto que la logrado que mi hija le diese palabra de casamiento?

Se apoderó de los documentos y quiso caer sobre Rodolfo para estrangularle. Jimmy y

el coronel lanzáronse también contra Van Alten. Pero éste, temeroso de perder su libertad, esquivó el golpe y se perdió en la oscuridad de la noche.

Ignorando que fuera La Rose la denunciadora, por una puerta independiente penetró Rodolfo en la habitaciones de ésta. La mujer estaba lívida, acaso arrepentida de sus celos.

—¿Dónde está la señorita Whipple?—preguntó Van Alten.

—La habrán echado afuera como a los demás.

Rodolfo se paseaba nerviosamente. No le habían salido tan bien las cosas como deseaba.

—He sido yo quien ha telefoneado a la policía para estorbar tus planes—dijo, de pronto, la directora del *cabaret*.

—¡Tú!... ¡Ah, infame!... Hemos concluído... Vete... vete... para siempre...

Pero ella, a pesar de su odio, sintió que el amor la atenazaba.

—Perdóname, Rodolfo... He sido una loca... Lo comprendo... Pero no me dejes. Seré tu criada, tu esclava.

El, rechazándola brutalmente, salió de la habitación.

—Serás mío... mío...—rugió desesperada. Y empuñando un revólver disparó en dirección a la puerta por donde acababa de salir.

Horrorizada, La Rose, viendo a Van Alten tendido en el suelo, exclamó:

—¡Perdón, perdón!... Estaba loca viendo que me abandonabas...

Rodolfo sintióse morir. Y próximo a lo desconocido, recordando el amor que en otro tiempo había sentido La Rose por él, quiso perdonar...

—Huye, ponte en salvo antes de que venga nadie... Déjame el revólver...

La mujer huyó, y Van Alten quiso cerrar su vida con un gesto de nobleza. Empuñó el revólver y con un lápiz trazó en la pared unas líneas diciendo que se suicidaba. El pequeño Toby, que rondaba desorientado por el *cabaret*, apareció en el pasillo y, acercándose a Rodolfo, le dijo:

—¿Se encuentra usted mal, patrón?

—No, niño... Escucha... Voy a regalarte el reloj que tanto me pedías...

—¿El reloj? No lo quiero... Luego le hará falta a usted.

—Guárdalo, que yo voy a un sitio donde no es necesario saber la hora que es...

El niño, con el reloj en la mano, salió de allí, y poco después extinguíose la vida de Rodolfo.

Mientras tanto, el juez, el coronel y Jimmy corrían en auxilio de Celia, desvanecida en el reservado. La muchacha volvió en sí, y al ver a su padre brilló en sus ojos una muda interrogación.

—Hija mía!—dijo el juez enternecido—. Ibas a sacrificarte inútilmente. Aquella carta no afectaba para nada al honor de tu ma-

dre...

—¡Papá!...

Tu madre fué una santa. Y tú lo eres también... Perdóname si alguna vez he dudado de tu cabecita alborotada... Ibas a dar tu corazón para salvarme... ¡Oh, nena mía!...

Y le explicó que aquella carta se refería a Mary... Jimmy y el coronel contemplaban emocionados la escena...

Llegó Toby, el chiquillo, con el reloj en la mano... Celia comunicó a su padre que el niño era el “de la carta”, el hijo de Mary... Y una gran ternura se apoderó del juez ante el “sobrinito”...

Jimmy se acercó a la muchacha. En sus miradas había poemas de amor, de ardiente juventud triunfadora. Hablaban con emoción, dulcemente...

Toby, con el reloj en la mano, junto a ellos, exclamó, sonriente:

—Exactamente dos minutos que están ustedes hablando tan bajito. ¡Este reloj marcha divinamente!

—¿Quieres venir conmigo a casa a cuidar de que todos los relojes marchen con exactitud?—le dijo el señor Whipple.

Y el niño, animado por una sonrisa de Celia, aceptó el nuevo hogar...

El coronel Crossby, llevándose aparte al Juez, le dijo:

—Convienes ahora en que cuando la mujer moderna es buena, no lo es ni más ni menos que la de antaño?

—¡Mucho mejor todavía! —exclamó Whipple recordando el sacrificio de Celia.

—Es la única cosa sensata que te he oído decir de muchos años a esta parte —comentó el coronel con jovial satisfacción.

**

Y Celia se desposó con Jimmy Moore, el periodista que quiso estudiar “La Mujer Per-



—Exactamente dos minutos que están ustedes hablando tan bajito.

fecta” y no sólo la halló para el lucimiento de sus crónicas en el “Sunday Magazine”, sino también para reinar en su hogar, como la verdadera soberana y señora de su corazón.

FIN

012 NFC(52)

Ediciones BISTAGNE
Paseo de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
